

Globalización: ¿un proceso con sujeto?

GOWAN, Peter: *La apuesta por la globalización*, Madrid: Akal, 2000.

Con tantos y tantos libros sobre la globalización atiborrando escaparates de librerías, grandes superficies y kioscos, ¿cómo distinguir ya lo que es un libro serio, imprescindible incluso, de lo que no son más que meras digresiones periodísticas en torno a un ideologuema típico de nuestra sociedad? Al igual que en las obras de los economistas burgueses de antaño el capital siempre aparecía como un elemento natural y eterno de la producción de los pueblos, la inmensa mayoría de los libros que se publican hoy en día sobre la globalización da a entender que se trata de un proceso económico y tecnológico incontrolado al que no cabe oponerse, una suerte de huracán incontenible. De este modo sus autores, al margen del insufrible tono de denuncia del que hacen gala componente básico para incrementar las ventas hoy en día, contribuyen a suturar las pocas grietas que quedan en una ideología dominante que amenaza con volverse definitivamente inconsútil. Tanto sus alusiones a la globalización como las de expertos economistas y hombres de estado cumplen la misma función mistificadora, tan útil para imponer medidas asesinas, que desempeñan las referencias a los acuerdos multilaterales, las “recomendaciones” de las instituciones internacionales (BM, FMI, OMC, OCDE...) y, al menos en nuestro país, las directrices de la Comunidad Europea.

Asimismo, cuando estos nuevos sicofantes presentan los procesos que componen la mundialización como una verdadera fuerza de la naturaleza, otorgan subrepticamente un tinte folclórico a las manifestaciones antiglobalización, convirtiéndolas en fenómenos bastante semejantes a las procesiones de los pueblos que pasean a su Cristo para conjurar el temporal. Debido a la ambigüedad del término globalización los manifestantes, en lo esencial anticapitalistas, tienen también que sufrir las ínfulas intelectuales de quienes les tachan de incoherentes; en efecto, no puede faltar el agudo periodista que advierta la “paradoja” de que se sirvan de Internet para sus convocatorias, precisamente uno de los instrumentos claves de esa globalización que pretenden rechazar. No merece la pena entrar a discutir aquí si cabe una diferenciación nítida entre globalización económica y globalización tecnológica, distinción que, aunque se presentara como mero recurso analítico, sería inmediatamente impugnada y tachada de ingenua por algún avisado filósofo.

En cualquier caso, lejos de la difundida creencia de que la globalización es un proceso que tiene lugar al margen de cualquier decisión política, la tesis defendida por Gowan es que se trata, ante todo, del peculiar resultado de las líneas generales de actuación del gobierno de los Estados Unidos desde la administración Nixon hasta nuestros días. No obstante, no se trata de deleitarse en teorías conspiratorias ni en creer en la existencia de un único sujeto consciente con un plan bien definido. El “sujeto” que ha impulsado este proceso lo ha hecho, más bien, como una serie de apuestas, en ocasiones fallidas y a veces casi catastróficas, orientadas en cada momento a cumplir objetivos muy diversos del gobierno estadounidense que, aunque

un tanto groseramente, pueden subsumirse en un único propósito principal: el refuerzo de su dominación. Así pues, frente al discurso preponderante hoy día, Gowan advierte que “hablar de un mercado financiero global antes que de la creciente influencia del mercado financiero estadounidense sobre los restantes mercados financieros nacionales, oscurece la dimensión del poder de la dominación financiera norteamericana” (p. 47). Visto así, la globalización aparece como una etapa más del imperialismo estadounidense que, para sobrevivir, asume una nueva forma consistente, fundamentalmente, en un proceso de “apertura de la economía política de los Estados a la entrada de productos, empresas, flujos y agentes financieros procedentes de los países del centro de la economía capitalista mundial” (p. 12), y muy especialmente de Estados Unidos, que hace a las políticas públicas dependientes de lo sucedido en Washington y los demás centros capitalistas. Este proceso va siempre acompañado de un programa de actuación análogo dirigido al “interior” de los Estados: el neoliberalismo, entendido éste como “desplazamiento de las relaciones sociales internas dentro de los Estados a favor de los intereses de acreedores y rentistas, con la subordinación de los sectores productivos a los financieros y una tendencia acusada a privar a la mayoría de la población trabajadora de seguridad, poder y riqueza” (p. 12).

Sin presuponer ningún conocimiento de economía por parte del lector, Gowan va explicando con inusitada claridad los conceptos clave que permitirán comprender el tejido económico de nuestro tiempo, a la par que alerta sobre los malentendidos y engaños que anidan a menudo en la terminología al uso. Así, subraya la confusión implícita cuando se habla de mercados de capitales olvidando que, en su mayor parte, el dinero que circula en estos mercados no está destinado a convertirse en capital en el sentido estricto de la palabra es decir, en un dinero presto a valorizarse a través de un proceso laboral, sino que se limita a engrosar una burbuja especulativa sin conexión con la economía real. La relación entre los polos productivo y financiero del capital aparece, junto a la clásica contraposición de capital y trabajo, como una de las tensiones fundamentales para entender los actuales desarrollos de la economía mundo. Dado que la producción reposa sobre ingentes cantidades de deuda, el ciclo abreviado del capital financiero (D-D’), con su premura y su querencia por la liquidez, se convierte en planificador de la economía productiva, decidiendo dónde y cuándo invertir o desinvertir y convirtiendo el cumplimiento del ciclo productivo M-D-M’ en algo ajeno a la prosperidad de la rama industrial de la que se trate en cada caso. El capital que negocia con dinero es, además, mucho más volátil y más sensible a las variaciones de bolsas y tipos de interés, por lo que suele presentar un comportamiento caprichoso poco adecuado a las necesidades de la producción.

El peligroso cóctel de interconexión mundial y hegemonía del sector financiero sobre el productivo, con el hipertrófico desarrollo de mercados derivados que lleva aparejado, convierte la economía mundial en un juego de apuestas y contraapuestas extraordinariamente frágil que deja tras de sí inestabilidad financiera crónica y genera ciclos extremos de expansión y crisis. Como señala Gowan, aunque la apuesta global se presenta “como si estuviera inspirada por un cambio orgánico de naturale-

za económica y tecnológica, y no por decisiones políticas, es, de hecho, económicamente desestabilizadora y, probablemente, inviable” (p. 13). A este respecto, cabe afirmar con todas las reservas posibles que esto ya ha pasado, que, en cierto modo, nuestra globalización no es sino un segundo intento a escala ampliada de cumplir el proyecto de un mercado mundial autorregulado con el que soñaban los liberales hasta que la crisis del 29, el auge del fascismo, etc., vino a despertarles del sueño para hacerles ver que se trataba de una auténtica pesadilla. Como bien sabía Polanyi, el avance por la senda del libre mercado no se debía a alguna suerte de inercia; al igual que ocurre en nuestros días, también en aquel primer intento hizo falta una asombrosa cantidad de legislación, un considerable refuerzo del poder estatal, un verdadero tropel de dirigentes políticos dispuestos a intervenir a cada momento con una meta común para tratar de construir la utopía del libre mercado y, como también advirtió Polanyi, el resultado fue una catástrofe en la que hasta el propio mercado tuvo que ser protegido para sobrevivir. Como es bien sabido, si se consiguió superar este desastre fue gracias a una modificación en profundidad de la política económica mundial (fundamentalmente norteamericana). Tampoco hoy parece plausible que la solución sea otra; los mercados en ningún caso pueden autorregularse y, como señala John Gray, un reciente converso a la doctrina de Polanyi, en su libro *Falso amanecer*, sin un cambio fundamental de las políticas de Estados Unidos todas las propuestas de reforma de los mercados globales habrán nacido muertas.

Así pues, el típico relato de pérdida de poder del Estado, repetido *ad nauseam* por partidarios de las más diversas tendencias políticas, pierde gran parte de su verosimilitud cuando se advierte que el abrupto final del papel de principal inversor y regulador de la estabilidad económica que desempeñaba en la época keynesiana no ha supuesto, en modo alguno, su desaparición de la escena política sino, tan sólo, un cambio en su función. Como apuntaba recientemente Leo Pantich, compañero de Gowan en la *New Left Review*, “las políticas desreguladoras que ha puesto en marcha la globalización no sólo implicaban un cúmulo de nuevas reglas para el funcionamiento del ‘libre mercado’, sino que también han ampliado el campo de actuación de los líderes políticos y la intervención discrecional de los bancos centrales y los ministerios de economía [...] En realidad ha surgido una nueva relación sistémica entre Estado y Capital, pero que no disminuye el papel de los Estados, en particular el del Estado norteamericano. El neoliberalismo, como ideología, encubre este hecho” [“El nuevo Estado imperial”, *New Left Review*, edición española, nº 3, p. 6]. Tanto Gowan como Pantich nos previenen de la tentación de idealizar el Estado como única instancia capaz de oponerse eficazmente a la potencia fagocitadora del mercado, como depositario de valores comunitarios al más puro estilo de la izquierda hegeliana. De hecho Pantich señala que, aunque no se trata ni mucho menos de volver a la vieja idea del Estado como comité ejecutivo de la burguesía (las cosas son mucho más complicadas) lo cierto es que, visto el panorama actual, esta idea no resulta tan descaminada. Obviamente, las estrategias y luchas de poder entre los Estados se oscurecen si perdemos de vista el marco general en el que interactúan que, como aclara Gowan, lejos de tratarse de un caótico no sistema, constituye un régi-

men monetario y financiero en el que lo principal es la dependencia global del dólar. En efecto, Estados Unidos ha sabido adaptar su dominación pasando por estrategias colonialistas, de guerra fría, etc., hasta llegar a lo que entendemos por globalización, manteniendo siempre el sistema internacional de Estados soberanos como una herramienta esencial para la dominación mundial.

Gowan muestra con claridad cómo la administración Nixon supo percibir que, en el contexto de la guerra fría, el marco de Bretton Woods resultaba demasiado estrecho para las ambiciones imperialistas norteamericanas, por lo que decidió emprender una concienzuda labor de destrucción de los pilares fundamentales de este régimen económico ideado por Keynes, hasta dar paso al sistema monetario y financiero actual en el que el Estado y el mundo empresarial estadounidense han llegado a disfrutar de un poder político prácticamente incontestado. La ceguera de la ideología liberal cumple una función de refuerzo de esta dominación al ocultar las fuentes de poder y otorgar así a los responsables una pátina de impunidad: los ejemplos de acontecimientos político-económicos en los que el Departamento del Tesoro norteamericano y la Reserva Federal han desempeñado el papel protagonista se acumulan mientras los economistas burgueses se limitan a hablar de comportamiento irracional de los mercados o falta de lógica en las bolsas. La recurrente retórica de flujos de capital que se desplazan por el planeta a la velocidad de la luz pierde fuerza cuando se toma conciencia de que también “en el ciberespacio de las finanzas mundiales actúan personas que tienen intereses de poder o han de plegarse a ellos. No todos los bancos emisores son igual de impotentes ante el monstruo del mercado” [H-P. Martin y H. Schumann, *La trampa de la globalización*, Taurus, 2000, p. 97].

El régimen monetario y financiero mundial que Gowan saca a la luz conforma una suerte de estructura económica en la que han de “convivir” los Estados, un entramado de política y economía que invalida cualquier distinción tajante entre ambas esferas, ya sea en su forma de lamento por la ineficacia de la política, ya como renuncia por parte del economista a analizar ciertas cuestiones que no entran en forma de cifras en sus balances. La comprensión de los mecanismos básicos de este contexto global le permite tanto explicar la crisis asiática de 1997 sin apelar en ningún momento al comportamiento absurdo de los mercados ni a la histeria de los inversores, como dar una versión por fin convincente de lo que ha sido la Guerra de Yugoslavia. En efecto, Gowan dedica la segunda parte del libro a elucidar las causas que alientan tras algunos de los acontecimientos políticos más relevantes de los últimos años, así como a analizar la situación y el destino de los países del Este, de la OTAN o de la Unión Europea.

Por lo demás, *La apuesta por la globalización* es también un buen revulsivo para todos aquellos que piensan que, de un modo u otro, la dominación de Europa y el euro constituiría un imperio más “bondadoso”. Gowan señala cómo en todas aquellas ocasiones en las que los Estados europeos han podido sacar provecho de esquilmar o arrasar países no han dudado en hacerlo. Además, aunque Europa y Japón sean las únicas regiones que podrían resistirse al imperialismo estadounidense, ambas están comprometidas en profundidad con el proyecto de un mercado libre mundial.

En cuanto a la política interior de la Comunidad Europea, en los últimos años hemos tenido tiempo de sobra para comprobar cómo se viene abajo la farsa socialdemócrata europea, cómo no se duda un instante en abolir las mejoras en la situación de los trabajadores conseguidas tras largas luchas, mejoras que, tras la caída del muro, se revelan como meras concesiones a un proletariado que podía ponerse farruco con el apoyo de Moscú. En definitiva, *La apuesta por la globalización* se ocupa con sorprendente sencillez e inusitada perspicacia de los avatares político-económicos de los últimos tiempos demostrando de manera tácita que, lamentablemente, Marx sigue teniendo razón.

Carolina del Olmo

HENRY, Michel: *Yo soy la verdad. Para una filosofía del cristianismo*, Sígueme, Salamanca, 2001, 320 pp.

Recientemente tuvimos la oportunidad de ver a Michel Henry en Madrid inaugurando las VI Jornadas de Filosofía en Comillas (25-27 de abril del 2001) con la conferencia: *Fenomenología de la vida* (que será publicada en breve, en las *Actas* de las jornadas dedicadas a *Pensar la vida*). Para algunos de nosotros fue la primera vez que tomábamos contacto con este genial pensador. Filósofo francés, aún poco conocido en nuestro país, ha sido introducido por el profesor don Miguel García-Baró, al que desde estas líneas quiero mostrarle mi más sincero agradecimiento.

Yo soy la verdad. Una filosofía para el cristianismo fue traducido del original francés por Javier Teira Lafuente, sin embargo, debo comunicarles que la obra nació en 1996, precisamente el año en que se tradujo *La Barbarie* (Caparrós, Madrid, 1996, 174 pp.). Libro que supuso la carta de presentación para el público español. Cinco años han transcurrido desde entonces, cinco años de silencio en los que Michel Henry aún no ha penetrado en nuestras bibliotecas y medios especializados de información –acaso porque resulta severamente crítico con ellos–, pero estén seguros que su pensamiento va a dar mucho de qué hablar. En Alemania *Yo soy la verdad* ha sido recibido con mucho entusiasmo; la *obra henryniana* está siendo tema de interés en los círculos filosóficos (y también teológicos) italianos; naturalmente en Francia, M. Henry, se encuentra entre los pensadores más interesantes del momento, junto a Jean-Luc Marion, Jean-Louis Chrétien o Paul Ricoeur. De hecho tras la lectura de su tesis doctoral *L'essence de la manifestation* en La Sorbona –como recoge Tomás Domingo Moratalla en su introducción a *La Barbarie* (op. cit., p. 8)– “Jean Lacroix no dudó en calificar a Michel Henry –al día siguiente, en el periódico Le Monde–, como un *nuevo Bergson*”.

Pero aunque tenga algún contacto con el pensamiento bergsoniano, no debemos identificarlo con él, su auténtico motor es la fenomenología. En sus obras, Husserl y Heidegger son citados, y muchas veces aparecen para ser corregidos, pues la fenomenología que practica M. Henry se radicaliza en la identificación de la verdad con la vida en un desarrollo tan original como riguroso.